

se siguió el refresco, como en todo pésame, porque ya se sabe que los duelos con pan son menos. Y si Pamela hubiera sido rica y hubiera dejado su caudal á sus amas, entonces ¿qué tal hubieran sido sus exequias? no habria funcion, júbilo ni carnaval con que haberlas comparado, porque los duelos con dinero no son duelos, sino gozos, contento y alegría para los herederos.

Finalizado el refresco, se siguió el baile, que duró hasta las tres de la mañana, segun supimos, porque el coronel se retiró á las diez con su familia.

Nadie pudo negar que tuvo un rato divertido; pero el coronel que no se descuidaba en instruir á su hija sin aire de leccion, decia en el coche: ¡vaya, que hemos tenido una noche bien alegre á costa de mi hermana! Ella ha quedado hasta ahora medio bien, porque del todo jamas se queda bien en estas frascas! Pero en fin, la han alabado, y ha lucido el taco y gastado el dinero, á pretesto de la muerte de una perrita.

No, no habrá bajado el costo de la fiesta de ciento ó mas pesos. Estos desperdicios, hija, se lloran en las casas, y estas risas se convierten en lágrimas de los pobres herederos despues de que fallece el principal. Yo no repruebo algunas diversiones licitas y moderadas, ni menos alabo la miseria ó la mezquindad; pero tampoco aprobaré una decision general

por toda clase de placeres como es la de Eufrosina. Para ella nada hay malo como sea fiesta, y cuando no las hay, ella las hace con cualquier motivo, como esta noche. ¡Eh! quiera Dios, quiera Dios que nuestra sobrina no apetezca algun dia lo que esta noche ha tirado su madre!

Con estas conversaciones llegamos á casa, se dispuso la cena, cenamos, y nos fuimos á recoger hasta otro dia.

CAPITULO IX.

En el que continúa el coronel instruyendo á su hija acerca del matrimonio.

Así como el labrador arroja sobre la tierra fértil su semilla, complacido con la esperanza de recibir frutos sazonados y abundantes, así el coronel no regateaba á su hija sus instrucciones, asegurado de que su dócil corazon las recibia con la misma bella disposicion que recibe el campo las primeras lluvias del verano. De suerte, que tanto gusto tenia el coronel en enseñar á su hija, como esta en recibir sus lecciones.

Un dia, estando todos conversando sobre mesa, se tocó el punto de la malicia de los hombres que engañan con apariencias de verdad. Al momento se acordó Pudenciana de una promesa que le habia he-

cho su padre, y le dijo: papá, el día que nos convidaron para las honras de Pamela me dijiste que me darias algunas reglas para conocer á los hombres, las que me serian muy útiles en el discurso de mi vida. Se han pasado ya algunos dias y no me has dicho nada: sin duda que se te ha olvidado; pero ahora te lo acuerdo porque no quiero quedarme sin saber esas reglas.

Haces muy bien de querer saberlas, le contestó su padre, y ahora mismo te cumpliré mi promesa; pero ya te acuerdas que te he dicho que es empresa muy dificultosa el señalar estas reglas, por el estudio que los hombres ponen en disfrazarse, y que solo un largo trato con ellos puede quitarles las máscaras y manifestárnoslos tales como ellos son; pero esta prueba, aunque es la mejor, no es la mas segura para una niña recatada, que debe huir todo trato y familiaridad con los hombres, mientras no salga de la patria potestad para el estado del matrimonio.

En esta inteligencia, las reglas que te daré serán comunes y sencillas, y por lo mismo fáciles de aplicarlas cuando quieras. Atiende: En cuatro clases puedes dividir á los hombres, y en efecto me parece que no se dividen en mas ni en menos, sino que cualquier hombre entra en alguna de ellas precisamente.

Primera clase. *Hombres de buen corazon y mala cabeza.*

Segunda. *Hombres de buena cabeza y mal corazon.*

Tercera. *Hombres de mal corazon y mala cabeza.*

Cuarta. *Hombres de buena cabeza y buen corazon.*

Analizaremos estas clases, dándote algunas señas de cada una, para que conozcas los hombres, segun á la que pertenezcan.

PRIMERA CLASE.

Hombres de buen corazon y mala cabeza.

A esta clase pertenecen aquellos, cuyo corazon está dispuesto á hacer bien; pero muchas veces hacen mal por ignorancia, creyendo que obran con arreglo á la justicia. Su corazon está animado de deseos de acertar; pero su entendimiento atolondrado ó falto de la instruccion necesaria, concibe el mal como bien, y de aquí se sigue que á cada paso incurren en los errores que quieren evitar. Esos hombres son malos para superiores, porque se encaprichan, siguen el error, y apenas alguna vez y con mucha dificultad se logra que varien de dictámen, sujetándose á un consejo prudente. Son malos estos hombres, como he dicho; pero son malos sin voluntad de serlo, sino por ignorancia, y por lo mismo merecen alguna disculpa. Peores son los de la

SEGUNDA CLASE.

Hombres de buena cabeza y mal corazon.

Estos son aquellos que tienen bastante talento é instruccion: pero al mismo tiempo un corazon emponzoñado, y muy á propósito para cometer un delito, siempre que conciben que de él les puede resultar alguna satisfaccion ó conveniencia. Por lo general estos hombres son egoistas, intrigantes, interesables y perversos. Ninguna disculpa merecen, ni en el tribunal de su conciencia misma, que incesantemente los acusa y les reprende su proceder inicu. Estos son malos para superiores, para compañeros, para amigos y para todo.

TERCERA CLASE.

Hombres de mal corazon y mala cabeza.

Estos son los monstruos mas intolerables de la especie humana. Necios y con pésimas inclinaciones apenas harán un bien por accidente: siendo el peor la gran dificultad que tienen de enmendarse, pues ciegos y contentos con su torpe ignorancia, están casi físicamente impedidos de conocer su triste situacion. Dije casi, para escusarles la disculpa moral, si la quisieran alegar. El hombre, siempre tiene el camino abierto para salir del error, como quiera; pero los que están bien hallados con él, jamás preguntan si aciertan ó yerran, por mas que les recuerda

su conciencia: y he aquí la ignorancia que no tiene disculpa, porque se puede vencer si se quiere. Mas estos necios y perversos de que hablo, no tienen ni quieren tener otro maestro que su capricho. De consiguiente, como necios adoptan las mas detestables ideas, y como perversos las ejecutan siempre que pueden, y Dios nos libre de estar sujetos á esta clase de malvados con poder.

CUARTA CLASE.

Hombres de buen corazon y buena cabeza.

Ningunas alabanzas serán desmedidas en obsequio de los que corresponden á esta clase. Por el contrario de los anteriores, siempre piensan bien y obran mejor. Su entendimiento dócil é ilustrado les hace conocer la maldad y la virtud, y su voluntad bien dirigida, los incita á detestar aquella y abrazar esta. Y ¿quién dudará que semejantes hombres son buenos para todo? amigos verdaderos, vasallos fieles, esposos amantes, padres tiernos y ciudadanos útiles á cuantos tienen la dicha de tratarlos. Estos hombres, dignos siempre de la memoria de los buenos, ni se envanecen con las honras, ni se ensoberbecen con el oro, ni abusan del poder cuando lo tienen. En estos casos, cuando su mérito los eleva, ó los engrandece su fortuna, entonces es cuando brillan mas sus talentos y se perciben dulcemente sus

bondades, lo mismo que cuando el astro luminoso del día se eleva sobre nuestras cabezas, no para incendiarnos con sus rayos, sino para derramar sobre nosotros sus influencias benéficas y necesarias.

¡Ay, papá! dijo Pudenciana, ¿quiénes son esos hombres tan generosos y tan grandes á quienes no trastorna el oro ni el poder? Yo quisiera conocerlos para alabarlos sin cesar; pero pienso que me moriré con el deseo, porque solo tú eres tan bueno como los que has pintado.

Esa alabanza en otra boca me parecería irónica, porque á la verdad no la merezco, dijo el coronel; mas en la tuya la estimo demasiado, porque sé que te la dicta el mucho amor que me tienes, que es el que te hace formar un concepto tan ventajoso de tu padre. Yo te agradezco tu cariño, y procuraré no desmentir tu corazón; aunque es bien que entiendas que ni tengo la bondad que piensas, ni aun cuando la tuviera, sería el único. Hay muchos hombres buenos, hija mia, sembrados sobre la haz de la tierra; pero es difícil conocerlos; y aunque hay muchos, la infinidad de perversos é hipócritas con quienes se hallan confundidos ó engastados, los hace parecer muy pocos y también muy raros en el mundo.

Tampoco debes olvidar que por desgracia, el mérito y la virtud las mas veces ó no se conoce, ó se arriñona ó se persigue. Así que, no es mucho que

los hombres que poseen estas recomendables circunstancias, no estén siempre, ni todos en disposición de comunicar á sus semejantes los efectos de su entendimiento y probidad; y ves aquí un motivo poderoso para que estos hombres ilustrados y benéficos nos parezcan menos de lo que son en realidad.

En el cielo hay muchas estrellas, y no las vemos todas, ó porque una distancia enorme las hace inaccesibles á nuestra vista, ó porque algunas nubes nos interceptan sus luces.

¡Todo eso lo siento mucho, dijo Pudenciana, por cuanto dificulta el conocimiento de semejantes genios bienhechores. Ojalá supiera yo algunas señas inequívocas con que poder distinguirlos de los demás!

Bien conozco, prosiguió el coronel, la sinceridad de tu deseo, el que es muy justo, y si Dios te destina para casada, ¡cuánto apreciaría que encontrases un hombre de esta clase! Tú quisieras lo mismo. Es natural: por eso anhelas por algunas señas particulares para el caso; yo quiero complacerte, dándote una sola, muy sencilla, pero inequívoca, y esta es *la sólida y verdadera virtud*. El hombre que la posee es el verdadero hombre de bien, y de consiguiente, cumpliendo esactamente con las obligaciones que le impone su estado, se hace útil y apreciable en qualquiera clase á que pertenezca en la sociedad.—

Pero papá, hay tantos hipócritas con quienes un hombre de estos se confunda, que me parece una empresa muy árdua el distinguirlo.—Es en efecto difícil distinguir al malvado hipócrita del verdadero virtuoso; pero no es imposible, en teniendo idea de lo que es hipocresía y de lo que es virtud. Hipocresía es el fingimiento ó la máscara del bien obrar, y la virtud es el constante ejercicio de este bien obrar.

Te parecerá quizá que esta definición dice poco; pero no, hija, en ella sola te doy el termómetro mas infalible para distinguir al hipócrita del virtuoso. El primero puede aparentar virtud, y engañar ó alucinar á los que no saben qué es virtud, ni en qué consiste; pero no puede ser constante en este fingimiento. Semejantes á algunas mugeres zonzas que pretenden pasar plaza de garbosas, fingiendo otro andar del que tienen por naturaleza, y á poco rato se les olvida y vuelven á su antiguo trote ó paito cansado; así son los hipócritas, que por un momento fingen piedad, castidad, humildad, y si se quiere, todas las virtudes; mas esta escena no dura mucho: no, no hayas miedo que te engañen si tú los observas despacio. No duran mas los intervalos de un loco, que las apariencias de virtud en un hipócrita. A poco de fingir lo que quieren, se les olvida, y manifiestan su ordinario modo de proceder.

Lam. 78.

S. S. Guipetia

Tom. 2.^o



No así el virtuoso verdadero, el legítimo hombre de bien, y bueno de cabeza y corazón. Este, como acostumbrado al bien obrar, es constante en el ejercicio de la virtud. *Esta constancia* es el mejor garante que tienen los hombres de su hombría de bien, y *el saber observarla* es el medio mejor para distinguir al hipócrita del virtuoso.

Papá, dijo Pudenciana, ¿quién no te ha de entender, si te esplicas con tanta claridad? Pero para mejor entenderte, quisiera que me dijeras en qué consiste la verdadera virtud, pues mientras no lo sepa, no podré observar cuál es el mas completo y verdadero virtuoso.

Ya yo supongo que la verdadera virtud no consiste en rezar muchas novenas, en andar con la cabeza inclinada al suelo, con los ojos bajos, ni el semblante mustio, ni en otras exterioridades, de que hacen tanto caudal los hipócritas é idiotas; pero no me acuerdo en qué consiste la virtud verdadera, y ciertamente que tú me lo has dicho otras veces.—Si te lo he dicho; mas nuestra memoria es harto débil, y se te ha olvidado esto como otras cosas; pero atiende. Preguntaba una vez un jóven, á Jesucristo, qué haria para salvarse. “Guarda los mandamientos,” le contestó nuestro divino Maestro. ¿Y para ser perfecto? prosiguió preguntando el jóven á quien respondió el Señor: “Si quieres ser perfecto, vende tus bienes,

dálos á los pobres, toma tu cruz y sígueme." He aquí en dos palabras explicado por la Sabiduría eterna en qué consiste la virtud verdadera y la perfeccion cristiana de ella misma. El que guardare exacta y constantemente los mandamientos del Señor, será verdaderamente virtuoso, y el que, á mas de esta indispensable observancia, tuviere la heróica resolucion de desprenderse de todos los intereses temporales, y de conformar en todo su voluntad con la de Dios, ese será, no solo virtuoso y arreglado, sino justo y perfecto, en cuanto cabe, en el estado de viader en esta miserable vida. Los que faltasen á aquella observancia y á aquel despego total de las cosas humanas, serán solamente unos hipócritas de virtud y santidad por mas esterioridades y gasmoñería de que se valgan. Alucinarán alguna vez á los que juzgan de las cosas con ligereza; pero nunca á los que como tú saben ya en qué consiste la virtud y cuáles son las señas que convienen á los verdaderamente virtuosos.

De manera, papá, decia Pudenciana, que siendo lo mismo ser virtuosos que hombres de bien, ninguno que no guarde los preceptos del Decálogo en todas sus partes, puede ser virtuoso, y de consiguiente ni hombre de bien, ó como se dice, hombre de honor.— ¡Eso qué duda tiene?— ¡Ya se vé! pero yo he oido decir que entre los gentiles ha habido y aun hay entre

los moros y protestantes de otras comuniones diferentes de la nuestra muchos hombres de bien, y tales que su conducta pudiera avergonzar á muchos católicos relajados. Esto me hace creer, ó que es falso que haya habido tales hombres de bien en el mundo sin ser cristianos, ó que si los ha habido, puede haberlos sin guardar los diez preceptos dichos, pues los protestantes y moros no los guardan; y entonces sale de ahí, que para ser hombre de bien no es menester guardar los mandamientos.— Así deberia ser si no fuera tu racionio equivocado; pero has de saber, hija mia, que aunque es indudable que entre los gentiles, moros y otros que no han conocido ni adoptan nuestra religion ha habido y hay muchos hombres de bien, todos estos han guardado y guardan escrupulosamente los preceptos del Decálogo... —Pero, papá, ¿cómo los pueden guardar si no los saben?— Esa es la equivocacion, hija mia: porque has de saber que todos los hombres nacen con el conocimiento de esta ley impresa en el alma, y de consiguiente ligados á su observancia—

Segun eso, papá, ¿aunque Dios no hubiera dado á Moisés los diez preceptos en el monte Sinai, todos sabiamos cuáles eran y que los debiamos cumplir? —Sí, hija mia.—Entonces ¿todos los que precedieron á Moisés nacieron con este conocimiento y obligacion?—No tiene duda, y de consiguiente todos los

que no gozaron en el seno de Abrahan del fruto de la redencion del género humano, fueron infractores de estos preceptos con cierto conocimiento de ellos. —Pues la verdad, papá, hablemos de otra cosa, porque esas son muchas honduras para mí, y no soy capaz de comprender cómo podrá un hombre saber lo que no le han enseñado.—No hay cosa mas fácil. Atiende.

Todas las naciones del mundo, sin esceptuar las bárbaras ó salvajes, de unánime consentimiento en todos los siglos, han convenido en que hay un solo Dios, esto es, un Ser Supremo autor de la naturaleza, y de quien dimana todo el bien á las criaturas. Sin ninguna revelacion conoce el hombre, por bárbaro que sea, que no se hizo á sí mismo, y que no tiene virtud ó poder para hacer producir ninguna cosa de la nada: conoce tambien que es superior con mucho á los astros, á los brutos, á las plantas y á todas las criaturas que lo rodean, y de aquí deduce aunque no quiera, la ecsistencia de un ser soberano, independiente y autor de cuanto mira: porque... así se explica el mas rústico en su interior cuando se detiene á contemplar estas verdades: si yo que soy la criatura mas perfecta en la naturaleza, segun que me lo manifiesta la superioridad que tengo sobre sus demas seres, ni pude hacerme á mí mismo, ni puedo criar un gusanillo, ni un átomo de arena, menos ha-

rá otro tanto el caballo ni el monte, el pájaro ni el rio, ni ninguna otra cosa de cuantas me son inferiores en inteligencia y en poder. Luego algun ser hay superior á mí y á todo cuanto ecsiste, pues fué bastante á hacernos ecsistir. Este Criador es un Autor benéfico, pues él me dió los ojos con que miro la hermosura del campo y de los cielos: el paladar con que gusto la dulzura de las frutas: el olfato con que percibo el aroma de las flores: el oido con que escucho la melodía de los pájaros, y una particular inteligencia con que me proporciono las comodidades de la vida, y me resguardo de las intemperies y peligros con mas acierto y ventajas que las aves, los brutos y los peces. Este Ser Soberano es acreedor no solo á mis respetos y gratitud, sino tambien á mi temor, pues siendo tan poderoso y tan absoluto me podrá deshacer con la facilidad que me hizo, si yo lo disgustara alguna vez.

He aquí, hija mía, el modo con que han pensado todos los hombres acerca de la deidad suprema: por este convencimiento en todas partes han tributado cultos y homenages al Autor de la naturaleza. Es verdad que han errado en el modo de tributarlos, pero no en el fin. La ignorancia y la soberbia los han precipitado en mil abismos de delirios. El hombre incapaz de conocerse á sí, á pretendido conocer á su Criador: por eso unos lo han adorado en

el sol, otros en el fuego, estos en un buey, aquellos en un cocodrilo, y finalmente, lo han querido hallar entre los materiales objetos que les presentaba la naturaleza. De aquí nació la turba de gentiles idólatras que siempre anduvo á tientas buscando la deidad inaccesible; pero siempre reconociendo este Autor soberano, Dios de dioses y objeto único de sus cultos y adoraciones.

Apenas hubo hombres cuando hubo religion. Esta fué desarrollándose á proporcion que se aumentó la poblacion del mundo. Al necesario conocimiento de Dios siguió el culto exterior: se instituyeron sacrificios y ministros que los ofrecieran con el pueblo: se erigieron aras y templos: se inventaron fiestas y solemnidades: se reconocieron los templos como lugares propios para orar y como asilos para refugiarse en ellos de las persecuciones inminentes: se inventaron rogativas para aplacar el celestial enojo: se compusieron himnos y cánticos para alabar á Dios en todos tiempos: se admitió el juramento como sagrado y como el sello de la verdad: de consiguiente se castigó al perjuro como sacrilego: se dedicaron dias particulares para el culto, y en todas partes fué adorado, aunque entre tinieblas, el augusto nombre del Señor, y reconocido su poder.

Hasta aquí ya ves como todas las naciones han convenido en que hay un Dios solo y único autor de

cuanto existe: en que este Dios es poderoso, benéfico y temible: en que por lo mismo es acreedor á que le amemos sobre todo, á que no profanemos su nombre santo, y á que le consagremos nuestros cultos y adoraciones. ¿Y quién les ha enseñado á los hombres estas sublimes verdades? Dios mio, dice el real Profeta: *Tú, Señor, has impreso en nuestros corazones la luz de tu divinidad.*

Estos son los tres preceptos que pertenecen al honor de Dios. Los otros siete que pertenecen al provecho del prójimo, tambien se los enseñó la naturaleza dirigida por Dios, bajo de esta sencillísima idea: no hagas á tus semejantes el mal que no quisieres recibir de ellos.

Segun este principio de derecho natural, y sin mas luz, conocieron los hombres que no les era lícito dañar á nadie, ni en la honra, ni en la hacienda, ni en la vida; por tanto, luego que se reunieron en sociedades, formaron sus códigos, y señalaron penas contra los injustos agresores, no dejando en parte alguna sin castigo el robo, el adulterio, el homicidio y los demas crímenes que se cometian con notable perjuicio de los hombres.

Estos, guiados por la naturaleza dirigida por su autor, no solo conocieron que no debian perjudicarse, sino tambien socorrerse mutuamente en sus desgracias: pues así como cada uno se reconocia con

cierto derecho para reclamar los auxilios de sus semejantes en caso de necesidad, así también conocía en sí cierta obligación de ayudar á sus iguales en el mismo caso: y de aquí tuvieron origen las leyes justas, los establecimientos piadosos, y los hechos benéficos y heróicos que admiramos aun entre las tinieblas del gentilismo.

En vista de estos conocimientos naturales, ¿qué novedad nos puede causar un Aristides, un Marco Aurelio, un Sócrates, un Tito y otros mil hombres de bien, esto es, hombres de conducta arreglada y corazón benéfico, que entre los errores del paganismo, se distinguieron del comun de sus coetáneos, derramando sus luces y prodigando beneficios á sus semejantes? Tales fueron muchos de estos grandes hombres, que los pueblos reconocidos á sus bondades, se tomaron la libertad de divinizarlos despues de su muerte, creyendo que no llenaban de otro modo las sagradas leyes de la gratitud, y persuadidos á que un hombre bienhechor, ó era Dios, ó no desmerecía de serlo. ¡Tanto es el amor y respeto que se grangea la beneficencia cuando recae sobre un corazón agradecido!

Perolo que hace á nuestro intento es que estos hombres amados de los pueblos, no lo fueron por otra cosa sino porque respetaron á sus dioses, obraron con arreglo á la justicia, y lejos de ofender á sus

semejantes, los llenaron de beneficios. Esto es en nuestra religion amar á Dios sobre todo y al prójimo como á nosotros mismos: y esto también es, en cierto modo, guardar los preceptos del Decálogo sin noticia quizá de los Profetas ni Escrituras, (1) pues antes que Dios en el Sinai grabara sus preceptos en unas piedras para dárselos á Moisés, ya los habia impreso naturalmente en los corazones de los hombres, segun te lo he manifestado, y de esto debes necesariamente deducir que si hubo entre los paganos algunos hombres de honor, solo fueron los que tributaron el debido culto á la deidad, los que jamas dañaron á sus semejantes: los que beneficiaron á los desgraciados: y en dos palabras, los que amaron á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismos. De otro modo no serian ni podrian ser hombres de bien, sino unos fantasmas de bondad.

Lo que decimos de los antiguos gentiles, hemos de asegurar de los modernos protestantes. Hay entre ellos y ha habido muchos naturalmente virtuosos, y cuyos escritos nos manifiestan que poseyeron

(1) Aunque los fenicios, griegos y romanos forjaron sus fábulas sobre los libros de Moisés, muchos existieron antes que él, otros despues, y ni noticia tuvieron de sus escritos.

unas conciencias timoratas y unos corazones llenos de beneficencia (1).

Es verdad que como separados del seno de la verdadera religion, fuera del cual nadie puede salvarse hicieron sus virtudes infructuosas para sí mismos. Aisladas sus buenas acciones en el órden natural, desnudas de fé y de caridad, no pasaron de virtudes morales: de consiguiente no fueron meritorias ante Dios. Si se abstuvieron de cometer el mal y obraron el bien, no fué en primer lugar por complacer á Dios como el católico virtuoso, sino porque naturalmente les era odioso el vicio, y por la satisfaccion que experimentaban cuando hacian algunas obras buenas, y tal vez por lisonjearse con la brillante reputacion que estas les grangeaban. Sin embargo, la memoria de estos hombres no hubiera pasado á la posteridad con elogio, si no hubieran tenido y cultivado estas virtudes, ni estas hubieran resplandecido en ellos en tanto grado, si no hubieran cumplido exactamente los siete preceptos del Decálogo que pertenecen al prójimo y los tres divinos que pertenecen al culto del Ser Supremo.

(1) *Las obras de los célebres ingleses Young y Hervey, nos ahorran de amontonar nombres de protestantes en cuyos escritos brilla, como en los dos primeros, la moral mas sana y arreglada al Evangelio de Jesucristo.*

Si esto es así, es necesario confesar que ni pudo, ni puede haber hombres de bien en el mundo, sino arreglándose á la pauta de estos preceptos divinos. La digresion ha sido larga, pero yo la he juzgado importante para tí.

Y cómo que lo ha sido, papá, dijo Pudenciana! yo antes de ahora, pensaba que todos los que no eran católicos eran sacrilegos, vengativos, avaros, crueles (en una palabra) libertinos y viciosos hasta el estremo.

Pensaba tambien que los que nacieron antes de la venida del Mesías, no tuvieron ni pudieron tener ninguna idea acerca de la Deidad Suprema, y se me habia olvidado que ya me habias dicho que muchos paganos sabios, aunque en lo exterior fingian creer la pluralidad de dioses que veneraba el pueblo, en lo interior conocian que era un delirio admitir un poder divino repartido entre muchos soberanos ó reyezuelos celestiales.

Por último, pensaba yo que no podia ser verdadero hombre de bien en el mundo, sin sujetarse á la santa ley que nos gobierna; pero ya veo que el que aspire á este título de honor, ha de guardar estos diez preceptos; menos, no hay tal hombría de bien, ni tal honor en ninguno. Yo te doy las gracias, papá, por tus buenos documentos, y te suplico que me des otras señas mas claras para distinguir á los hom-

bres honrados de los que fingen serlo: pues ya tú ves que no es fácil andarles á todos á los alcances para ver si guardan ó no los mandamientos, y sería muy oportuna una señalita reservada para conocer al pícaro y libertarse de él. ¡Oh, cuánto valiera esta piedra de toque para elegir un buen marido! Pues, digo, allá á las que piensan en casarse.

Y á tí tambien te servirá si pensares en eso alguna vez, dijo el coronel; pero aunque ya sé cuál es la seña segura que tú quieres, temo decírtela porque no vayas á querer experimentarla por tí misma. ¡Ay, papá! pues si es segura ¿qué riesgo hay en que se experimente? En que se experimente no hay riesgo; en que no se salga bien de la prueba está el riesgo.—¿Tan contingente es la victoria?—Sí, tan contingente; y mas hecha por una jóven inesperta, y acaso ciega con la pasion del amor.—¿Pero las posiciones no se pueden sujetar á la razon?.....Sí, pero no siempre, y mucho menos cuando no tenemos testigos de nuestras debilidades.—Segun eso, la prueba de que me hablas se debe hacer á solas con los hombres para calificar su honradez?—Que se debe, no diré; pero sí, que la soledad la facilita sin equivocacion.—Ya me desespero por saber qué prueba es esa tan arriesgada por una parte, y por otra tan segura.—Y yo ya conozco lo que ha escitado tu curiosidad. Voy á satisfacértela. Has de saber.....

Señores, corran sus mercedes, que *se ha caído de la escalera la Señora Beata, y se ha medio matado*. El furioso grito que dió la criada cuando entró con esta noticia, deshizo la conversacion. Todos nos levantamos apresurados, especialmente Doña Matilde, que habia estado en ella como de palo, gustando de la instruccion de su marido; pero como cualquier desgracia nos sorprende, y mas cuando recae en nuestros deudos ó amigos, no fué mucho que esta fuese la primera en levantarse y salir corriendo á favorecer á su tia.

Tan presto lo hizo, que cuando nosotros llegamos á la escalera, ya habia levantado á la dolorida beata y la subia apoyada en su brazo.

No fué cosa de cuidado el golpe, pues solo se lastimó ligeramente una rodilla.

Luego que entró á la sala se sentó, se le dió una poca de agua fria por el susto, y unos bizcochitos con un traguito de vino por la debilidad, con cuyos auxilios se restableció la enferma en un instante, y se volvió risa la memoria de la caída.

Así que estuvo confortada y del todo serena, le dijo Doña Matilde: Pero tia, ¿qué negocio trajo á usted hoy á casa, que venia ó tan distraida ó tan de prisa que se cayó de la escalera?—¡Ay mi alma! un asunto de suma inportancia, cual es avisarles los grandes cuidados de Eufrosina y de Pomposa, que

como ustedes no han parecido por allá desde el día de las honras de Pamela no han sabido nada.—¿Pues qué ha sucedido, tia?—¿Qué ha de suceder, sino que desde la noche de las honras espantan en la casa! Si la perrita hubiera sido gente, yo dijera que andaba en penas; pero no lo puedo decir, porque al fin Pamela no era gente ni lo soñó en su vida, aunque no le faltaba mas que hablar.—Pero, señora, ¿qué clase de espantos son esos?—¡Terribles, D. Rodrigo, sí, terribles! ¡Sobre que han andado buscando casa todos estos días, y dice Eufrosina que de hoy á mañana se muda, aunque sea á una accesoria ó á una casa de vecindad!—¿Tan grandes son los espantos?—Sí, señor: ¿le parece á usted poco que en la noche de las honras viera Pomposita al diablo?—¿Al diablo!—Sí, señor, al diablo, al mismito diablo vió la pobre muchacha.—¿Y qué señas dice que tenia?—¿Cómo qué señas? Tenia su cara muy fea, sus cuernos, su cola y sus zancas largas.—¿Y en dónde lo vió?—¿Cómo en donde? en su recámara, como á las dos horas de haberse acostado.—Pero díganos usted, Doña María, ¿qué bebió mas vino despues que nos despedimos?—¿Qué vino habia de beber? Ni lo volvió á probar.—¿Y en qué paró el espanto? ¿cómo se deshizo la vision?—Porque á los gritos de ella despertaron todos y se levantaron para acompañarla.—¡Válgate Dios por los espantos! ¿Y lo ha vuelto

á ver otra noche?—Sí señor: á la segunda noche lo volvió á ver mas grande y mas feo que la primera. A sus gritos y los de la criada que la acompañaba, entraron mi sobrina y su marido en su recámara, y se desapareció el enemigo. A la tercera noche ya no tuvo valor Pomposita para dormir allí.—¿Con razon! dijo Doña Matilde: yo tampoco hubiera dormido: ¿pero qué hizo?—Se fué á dormir á la asistencia, y allí tambien la persigue el maldito.—¿Es posible?—Como te lo digo, niña. A las doce de la noche le empezaron á tocar la pared de la cabecera, y no decir que sea S. Pascual Bailon que le avisa que está cercana su muerte, porque ella jamas ha querido ser su devota por no oír esos toquidos: y así ¿quién puede ser sino el duende que ha cogido á cargo á la infeliz muchacha?

Así es, dijo el coronel, el diablo son los duendes. ¡Pobre de mi sobrina!—Vea usted si tiene razon de quererse mudar. ¡Ya se vé que la tiene, y sobrada! Esto de ver al diablo en cuerpo y alma, y oír golpes en la cabecera no es cosa de juguete.—¿Y qué dice Pomposita de esas cosas, y su madre tambien?—¿Qué han de decir, sino que son avisos del cielo! y ya las dos han resuelto mudar de vida.—Eso siempre es muy bueno; pero si el diablo hubiera sabido lo que habia de suceder, no se mete en espantarlas, porque no le tiene cuenta que se convierta ninguna alma;

mas al pobre no le dió esto por las narices, y se ha llevado un buen chasco.

¡Noramala para él! decía la beata: yo me alegro de que se haya pegado esa burla.—Cuénteme usted, tía, prosiguió Pudenciana, ¿y qué ha hecho mi prima al principio de su conversion? Pues, lo pregunto para cuando yo me convierta—¿Qué ha de hacer, niña? las dos se han ido á confesar, y ya Eufrosina no quiere tertulias: ya despidieron al maestro de baile: Pomposita ha tirado todas las esencias de olor, y ha guardado sus peinetas y alambres con que se componia la cabeza.—¡Ay tía! no me lo diga usted ¿á tanto ha llegado?—Sí, mi alma: si tú la vieras, no la conocieras, porque está tu prima de lo vivo á lo pintado. Ha compuesto sus túnicos, ha comprado zapatos negros, y todo el dia está suspirando, mirando un Santo Cristo y leyendo la vida devota de San Francisco de Sales, y hoy me ha pedido que busque la vida de Santa Rosalía: y segun yo barrunto, puede esto venir á parar en que sea monja teresa. En fin, desde la noche de los espantos una Pomposa llevaron y otra trajeron; pero aunque ya no la espantan, ella no entrara á aquellas piezas, si la mataran, y no dejan de buscar la casa.

Muy bien hecho, decía D. Rodrigo, pero si usted vuelve hoy á verlas, dígame á mi hermana y D. Dionisio que digo yo, que no se aceleren demasiado por

mudarse: que á la noche iré allá con mi muger y Pudenciana: que me pongan la cama en el mismo lugar donde estaba la de Pomposita....—¡Ay, señor D. Rodrigo! ¿Y para qué quiere usted hacer eso?—Para ver al diablo, porque no he visto uno en mi vida, sino pintados: y pues en casa de mi hermana se deja ver tan á lo vivo, no es de perder semejante espectáculo.—¡Por cierto que quiere usted ir á bonita comedia!—Le parece á usted que será poca diversion ver una cosa invisible?—¡Usted creo que no lo cree, señor coronel!—¿Cómo no? lo creo tanto como creer que hay hechizos, brujas, vistas que hacen daño, muertos que se aparecen, fantasmas, dinero enterrado, que avisa de noche donde está con su luz opaca y lisonjera, y otras cosillas de este mismo tejido.—Pues qué ¿dirá usted que no hay na la de eso?—Sí, lo mismo que el diablo que se le apareció á mi sobrina.

¡Pues ya se vé que sí! decía la beata; y si estas cosas no fueran verdad, no se leyeran en los libros impresos con letras de molde y con las licencias necesarias, ni se oyeran asegurar por personas muy sábias y muy cristianas.—¡Ah, señora! si se quemaran todos los malos libros, y si enmudecieran to las las lenguas ignorantes, acreditadas de sábias entre los muchachos, ¡cuántos errores se cortarían de raiz!

La multitud de milagros y espantos apócrifos que
TOMO II. 10

se hallan esparcidos en los libros, y defendidos como verdades inconcusas por personas que parecen sábias, son los que han abierto la puerta á infinitos errores, abusos, vana confianza, fanatismo y supersticiones, en que el vulgo de todas clases se halla empapado no solo en nuestro reino, sino en todo el mundo, pues en todas partes cuecen habas.

Lo mas sensible es que los que con una piedad falsa han querido hacer valer la religion con estas patrañas, no han conseguido otra cosa que hacerla terrible para los propios, y ridícula para los extraños.

Nuestra religion con la santidad de su instituto, con la solidez de sus pruebas, con la escelencia de su dogna y justificada moral, brilla sin necesidad de falsos espejuelos ni oropeles.

El Ser Supremo para hacerse temer de los malvados, no necesita del demonio, ni de hacer títeres espantosos, dando á cada instante cuerpos^s aereos á los espiritus infernales; ni para hacerse amar y prodigarnos sus beneficios, está todos los dias invirtiendo el órden que prescribió á la naturaleza. El creer lo primero, es figurarnos una deidad mezquina: y el esperar y pedir lo segundo, es tentar á Dios, esto es, querer hacer prueba de su poder, lo cual es un insulto sacrilego á su Omnipotencia.

Pues usted dirá lo que quiera, decia la beata; pe-

ro de que hay espantos, los hay. En vida de la señora mi madre, que era yo muchacha, habia en México un hervidero de duendes y fantasmas, que no era dable, y yo me acuerdo que recien muerta su merced, la ví dos noches palpablemente al entrar en la recámara donde murió, y una vez oí que me llamó y me dijo muy claro *Maria, Maria*. Pues esto á mí me pasó, no me lo contaron, y la ví con estos ojos que se ha de comer la tierra. Lo mismo digo de los milagros que cada dia se ven á millares. ¿No ve usted cuántas muletas y piesitos de plata y cera están en los altares de algunos santos? ¿Quiere usted mas prueba? Y por fin, ¿no se acuerda usted del milagro tan patente que pasó habrá doce ó trece años con Pomposita cuando se cayó del balcon, y no recibió el mas mínimo daño sino el susto? Pues esto no lo puede usted negar, porque lo ví con sus mismos ojos.

Es verdad, contestó, el coronel, yo lo ví, ó si no lo ví me lo contaron: fué cierto que la niña cayó del balcon y quedó ilesa; pero eso fué casualidad, no milagro: milagro hubiera sido que se le hubiera hecho pedazos el casco en la lana; pero que no se matara una criatura de tan poco peso, al caer de un balcon no muy alto sobre un monton de lana blanda y esponjada, no puede ser milagro, mas que así lo llame usted desde ahora hasta el fin de sus dias. Fué

casualidad que hallara prevenido en el suelo tan buen colchon, y cayendo en él, fué cosa muy natural que no se matara ni se rompiera la cabeza. Ahí me las den todas.

—¿Conque no fué milagro?—No, señora, no fué milagro—Pues sí, señor, fué milagro, y muy milagro, que lo hizo Nuestra Señora de la Soledad de Santa Cruz, Señor San Agustín, y mi madre Santa Rosa de Lima, á quienes yo invoqué, aunque tan mala y pecadora.—La creencia de usted es piadosa, pero el hecho no fué cierto, porque ni esos santos hicieron tal milagro, ni pudieran hacerlo.—¡Ay Jesús! ¿qué es lo que usted dice? ¿No pudieron esos santos hacer ese milagro?

No señora, ni otro ninguno.—¡Ay qué es lo que oigo! ¿Ni la Santísima Virgen que está en el cielo puede hacer un milagro?—No, ni la misma Emperatriz Sagrada.—¿Has oído, Matilde, qué heregía tan grande ha dicho tu marido? ¡Jesús sea aquí! ¡Ave María Purísima!...—No se espante usted, tía, que no ha dicho Linarte ninguna blasfemia—Ya se ve que no. Mi papá es muy cristiano, añadió Pudenciana, y la venerable beata, llena del espanto mas pánico ó infundado, pregunta: ¿Pues qué, también ustedes son de su opinión? ¿También ustedes aseguran que ni los santos ni la Virgen María hacen milagros?—De fuerza lo hemos de asegurar así,

cuando nos lo enseña la Iglesia.—¡La Iglesia! ¡Qué testimonio!—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar! Ya todos los de esta casa son hereges. Es menester delatarlos. Ellos son mis parientes; pero no tiene remedio: de aquí derecho á la inquisición. Sí, sí, que los quemem: primero es el alma.

No se dé usted tanta prisa, señora, decía el coronel con mucha paz: no vaya usted á incomodar con esos chismes á los inquisidores, porque le dirán que es una tonta, y que no sabe los principios de su religión. Aprenda usted primero, y luego nos irá á acusar al tribunal que quiera.—Yo no contesto con descomulgados, y esa descomunión es de participantes: sí, de participantes: y yo no me quiero salar. Me tapo las orejas, me voy yo de esta casa condenada. No en balde me caí de la escalera al entrar; pero ahora lo verán, herejotes, se han de acordar de mí....

Diciendo estas y otras simplezas, se salió de la sala la buena vieja. Matilde y Pudenciana muy apuradas querían detenerla, y la primera decía á su marido: Déjame ir á detener á mi tía, no vaya á hacer una tontera. Es verdad que no le harán aprecio; pero en quita, pon y desembaraza, se nos puede seguir alguna estravío, y cuando no sea otro que las hablillas de los que ignoran la realidad del caso, son de temer, y se deben evitar. Déjala que vaya con Dios:

no hagas aprecio de eso, ni tengas cuidado. ¿Acaso los jueces son ignorantes, ni pueden proceder con tropelia? Ellos en la declaracion conocerán la ignorancia de la madre beata, y cuando les quede alguna duda, luego que me oigan se satisfarán de la pureza de mi proposicion.—Es verdad, pero ¿qué gana tienes de esas contestaciones? ¿Ya lo ves? delante de los muy ignorantes y virtuosos fanáticos no se puede hablar nada, porque todo lo entienden mal y lo interpretan peor.

Mientras que el coronel y Doña Matilde hablaban estas cosas, se marchó la necia beata, y nosotros no dejamos de quedar con algun cuidado, que no se nos quitó hasta la tarde; como verá el lector en el capítulo que sigue.

CAPITULO IX.

En el que sigue la disputa que el coronel tuvo con la beata.

MUCHAS veces una casualidad origina una desgracia, y otras evita una desazon. Esto último aconteció entre el coronel y Doña María. Iba esta firmemente resuelta á acusarlo, cuando la encontró Carlota, le preguntó por él y su familia, y la beata despues de referirle lo acaecido, le dijo como iba determinada á delatar á todos. Carlota era muy prudente, y así dijo que la intencion era muy buena; pe-

ro la hora muy incómoda, pues era medio dia, y los señores estarian en sus casas, y tal vez comiendo: que seria mejor ir á casa de Doña Eufrosina, comer allá, dormir siesta, y á las cuatro y media ó á las cinco de la tarde pasar al tribunal á delatarlos. Con esto se serenó la vieja, y ambas se fueron á casa de D. Dionisio, porque Carlota no quiso separarse de ella.

Luego que llegaron, contó la beata cuanto le habia pasado con el coronel, añadiendo é interpretando á su antojo lo que le pareció, con lo que sorprendió á Eufrosina y á su marido, á Pomposa, al padre D. Jaime y á otras personas que asistieron á su informe, y se admiraban con razon, como que conocían bien el fondo de talento y religion del coronel; pero no se atrevian á contradecir á la vieja, pues ella juraba que así era segun lo referia.

Carlota, cuidadosa de la suerte de Matilde, no quiso despedirse, sino que envió á llamar á su marido el caballero Jacobo á quien hizo sabedor de la desgracia que amenazaba á su amigo Linarte.

Sin embargo del general cuidado, pusieron la mesa, comieron y se recogieron para pasar la siesta. Todos estaban apesadumbrados; pero serenos respecto de sí mismos, menos la beata que ni durmió, y ya no veia la hora de que dieran las cuatro, pa-